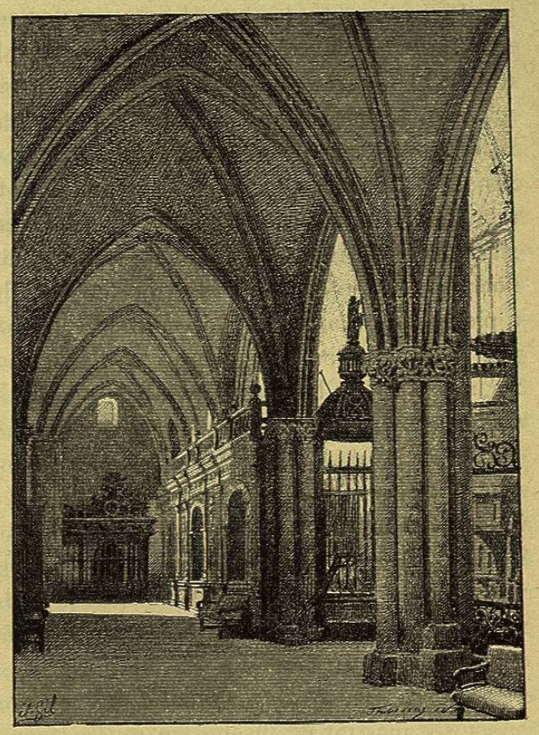
gusto, por lo cual, y sin detenernos siquiera á deplorar el censurable empeño con que los siglos XVII y XVIII mancharon intransigentes, y sin necesidad con frecuencia, las obras de tiempos anteriores,—penetraremos en el templo, que convida con su religioso recogimiento y con el hálito perfumado que por la puerta exhala. Tres naves paralelas forman con diversa altitud y anchura el buque de la iglesia, que aparece á nuestras miradas envuelto en tenue claridad, más intensa y viva á intervalos por la luz que derrama alguna capilla sobre la uniforme tonalidad ambiente, y por los rayos que se filtran luminosos á través del cortinaje de los ventanales en la nave real, que es la más alta. No ofrece ya en nuestros días ostensible todo su desarrollo, cortada á los pies por un muro que adultera sus proporciones primitivas, como adulterando su fisonomía, á despecho de la inteligente restauración acometida por el actual prelado Sr. Sánchez de Castro, quedarán siempre «huellas de generaciones que vinieron después de los primeros alârifes á desfigurar ó destruir la labor primera»; pero aun así y todo, bien que no sea lícito estimarla cual modelo de grandeza, bien que no pueda resistir la comparación con otros monumentos de su especie, fuera y dentro de la provincia,—no por ello deja de ser acreedora al estudio y al respeto de los entendidos, con mayor causa ahora, que han quedado al descubierto muchas de sus bellezas, antes ocultas y desconocidas.

Midiendo en su actual longitud no mucho más de 39 metros que aproximadamente hasta la *Capilla Mayor* inclusive se cuenta, por 18 que arroja la total latitud, y que se reparten las tres naves, correspondiendo á las de los lados $4^{m}51$ y 6 á la central, —aquel edificio, labrado para Colegiata en la villa de San Emeterio, por terminante modo, y prescindiendo de las agregaciones y obras posteriores que en parte le desfiguran, declara y hace patente su historia, poniéndola de manifiesto así las cruzadas bóvedas y «los tallados nervios de las naves laterales», como las dimensiones y formas de las columnas que se agrupan en

torno de los pilares, y «las fajas de capiteles de donde arrancan» los citados nervios, y por donde «corren todavía aquella serie misteriosa de seres fantásticos, quimeras ó esfinges, busto de hombre y cuerpo de fiera..., rastro acaso de las encarnaciones mitológicas, y aquellas figuras rasuradas, de larga cabellera y ropas talares, que brotan del anillo del fuste como de una sima sepulcral, y se dirigen al pueblo con ademanes y gestos expresivos, pero que ya ni el pueblo ni los doctos comprenden.» No es pues, ni puede ser obscuro problema arquitectónico, sino diáfano corolario, en virtud del cual se acredita que la construcción tuvo principio incuestionable, cuando no emancipado aún de la tutela de la tradición, á que tan apegada se muestra la Montaña en las esferas del arte, había el estilo ojival, durante los días del santo rey conquistador de Córdoba y Sevilla, comenzado á poblar de monumentos las regiones de la España.



SANTANDER.—INTERIOR DE LA CATEDRAL

Bien que no alcanzada aún ni mucho menos la gallardía de que hizo en todas sus partes alarde esplendoroso luego,—á la pesadez de los pilares del *estilo románico*, reemplazaban los alârifes los aligerados por grupos de columnas, cuyos fustes adelgazaban y crecían; las bóvedas de cañón seguido, mortificantes en su monotonía, eran sustituídas por las bóvedas de cascos, armadas sobre nervios cruzados que las soportaban; las míseras lucernas, se convertían en airosos y rasgados ventanales; los capiteles perdían su forma trapezoidal, y coronaban más proporcionados y esbeltos los fustes, sin que por ello los entalladores hubiesen abandonado ni dado al olvido tampoco todavía las enseñanzas tradicionales, reproduciendo con singular persistencia muchos de los tipos del estilo fenecido y cuajando con efecto en la piedra «serie misteriosa de seres fantásticos, quimeras ó esfinges, busto de hombre y cuerpo de fiera», con otros elementos ornamentales, de los cuales se alejaba la influencia oriental, tan vigorosa y potente con la era románica fenecida.

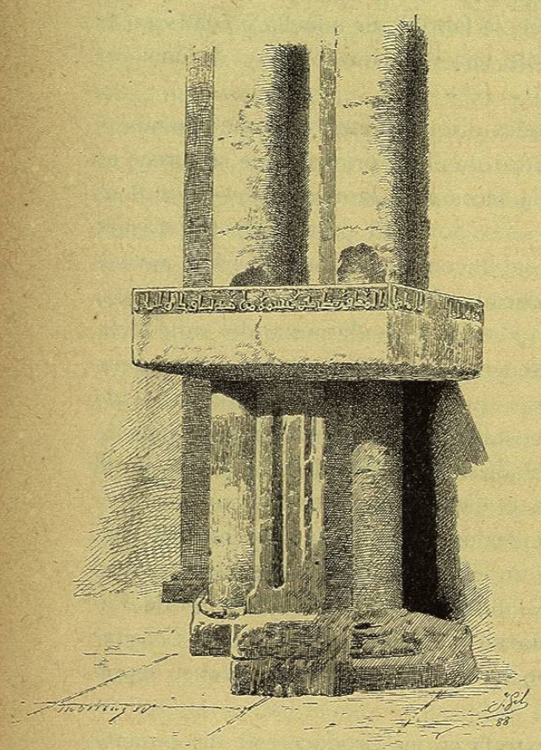
Fué, á no dudar, en este momento, cuando sobre la roca viva de una parte, y sobre las recias bóvedas del *Cristo de Abajo* de la otra, eran echados los cimientos de la fábrica, y era ésta levantada hasta terminar los pilares con su corona de historiados capiteles. Años después, alzábanse las bóvedas de la nave central, cuya crucería «de labor tosca y perfil airoso», cerraba «en las claves con leones y castillos, emblema de los reinos, y el escudo de Burgos, *cabeza de Castilla*, cuyo puerto era Santander», y más tarde aún, quizás en los comienzos del reinado de Alfonso X, cuando en persecución del período de propiedad, el estilo «engrandecía sus trazas» y «afinaba sus líneas»,—eran construídas las bóvedas en las naves laterales. Por esto, desde la zona en que terminan los pilares, adviértese que la construcción es más aérea, si es lícito así decirlo; que los nervios de la crucería no descansan directamente trabados sobre los capiteles, en la relación de íntimo parentesco, y de único génesis; y, demás de otros detalles,—que no hay exacta correspondencia,

como fruto que son de distinta mano y de distinto pensamiento, entre la zona de las bóvedas y la de los pilares, apareciendo esta de gran solidez y aquella de singular ligereza relativa, y careciendo por consiguiente, la fábrica, de aquella unidad que es prenda de las creaciones de una vez concebidas y de una vez ejecutadas.

Pero dejando aparte tales disquisiciones, con que convida el templo, y ya que al penetrar en él, lo primero que se ofrece es el *Coro*, por el que se halla seccionada la nave real,—aunque es allí peregrino y extraño,—no por ello para ti, lector, pasará inadvertida la discreción loable con que se muestra en él, viviendo de sus tradiciones, la decadencia lastimosísima á que era ya el arte arquitectónico llegado en la segunda mitad del siglo XVII, á que este miembro pertenece. De buenas líneas greco-romanas, adornado de pilastras que enriquece resaltada labor de hojas y frutas,—en el costado que le cierra por los pies de la iglesia, y sobre el dintel de los rectangulares luceros que le flanquean, escrito se halla el nombre del Abad, á cuyas expensas fué labrado el *Coro*, leyéndose en el de la derecha: PETRVS EPVS ‖ ABBS SATADRI, y en el opuesto: PETRVS EPVS ‖ ABBAS SANTNER, pues con efecto, obispo *in partibus infidelium* de Turen era D. Pedro Luís Manso y Zúñiga, Abad de la *Colegiata*, quien falleció en 1669, y en el *Coro* mismo tiene su sepultura.

Mas si es grande la extrañeza que produce este discordante miembro que interrumpe con su pesado aspecto la esbeltez de la iglesia,—mayor es todavía ciertamente la que engendra la contemplación de singular é insigne monumento, arrinconado casi en el ángulo de la nave del Evangelio, y en el cabo de la misma. Rectangular, de $0^{m}20$ de alto por $0^{m}81$ de largo y $0^{m}46$ de lado; labrado en mármol blanco, y levantado hoy sobre pequeña columnilla con capitel de estilo árabe-granadino, que no se compadece con él, y empotrado hasta no há mucho en el pilar inmediato de la misma nave,—hace oficio de pila de

agua bendita, y es testimonio irrecusable de la participación que en las militares empresas de Fernando III tomó personalmente algún caballero montañés, cuyo nombre es desconocido, quizás en la jornada gloriosa de la conquista de la antigua corte de los Omeyyas cordobeses, de donde con toda probabilidad procede esta reliquia. Ya antes de ahora hicimos su descripción y estudio, interpretando el epígrafe que, en resaltados caracteres cúficos ornamentales,—pues es producto de la cultura arábigo-española, — decora la orla superior de aquel *al-midhá* ó *pila de abluciones*, el cual acaso pudo figurar con otros en el *Patio de los Naranjos* de la *Mezquita-Aljama* cordobesa, con mayor causa que en el de la de Sevilla, que fué obra muy posterior de los almohades, y sobre todo que en algún «ajarafe sevillano», donde se le supone «pila de surtidor» erróneamente.



SANTANDER. — AL-MIDHÁ ARÁBIGO EN LA CATEDRAL

La leyenda da principio por el costado de la derecha, y desarrollándose de derecha á izquierda, corre en torno de la pila para terminar en el mismo costado donde comenzó, diciendo:

	يا ايها من
المهافى صفاى صنع جسمي من فضّة بيضاء وكان الزلال	
اذ صار الفى	صرد رقى قعره
خوفا هو دولى حفافة	غبر الى جسد قام من
حمود الماء	

| | =¡ *Oh vosotros los que*
estáis sedientos de pureza! Obra es mi cuerpo de plata cándida y turgente!
Ved cómo cae convertida | | *en espuma pronta á liquidarse en el fondo,*
temerosa de su sutileza y delgadez. | | *pasando luego á formar un cuerpo admirable*
de agua congelada! (1)= | |

(1) *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal* (Madrid, 1883), presentada por nosotros al Excmo. Sr. Director del *Museo Arqueológico Nacional*, y mandada imprimir de real orden, págs. 240 y siguientes.— Ya antes de ahora hubo de ser traducido el epígrafe por el doctísimo Gayangos, leyendo en él:

أَنَا ٱلْمُهَامِى ٱلْمُهَافِي صَفَايِ صَنَعَ جَسْمِى مِنْ فِضَّة بَيضَاء وكَانَ ٱلزَّلَالُ إِذَا صَارَ
ٱلْقَي عَدَدَ فِي قَعْرِهِ خَوْفًا هُوَ ذُو خَفِيفَةٍ غَبَرَ إِلَى جَسْدٍ أَقَامَ مِنْ عَمُودِ ٱلْمَاء

»Yo soy un saltador (de agua) mecido por los vientos: mi cuerpo transparente como el cristal, está formado de blanca plata.

»Las ondas puras y frígidas (de mi manantial), al encontrarse en el fondo, temerosas de su propia sutileza y delgadez, pasan luego á formar un cuerpo sólido y congelado.»

En las memorias del Licenciado Sr. Martínez Mazas, Canónigo Doctoral que fué de aquella Santa Iglesia, donde se conservan y guardan, se halla también la traducción de este epígrafe, que nos fué galantemente facilitada por el dignísimo Maestre de Fábrica Sr. Guilarte, ya fallecido, la cual se expresa en esta forma:

«Vas in quo aqua est
Aquilegium iu puritate,
ex argento albo elaboratum
(vas) (an per similitudinem ex marmore albo)
Erat bona et clara dum hauritur
tutus. . . . . Aqua gelata.»